



Ofrenda floral en memoria de Eduardo Puelles en el mismo lugar en el que fue asesinado por ETA en 2009. :: LUIS ÁNGEL GÓMEZ

«¿Qué coche se ha llevado Edu?»

Compañeros de trabajo de Eduardo Puelles recuerdan al inspector de policía cuando se cumplen diez años de su asesinato a manos de ETA

LORENA GIL



BILBAO. «¿Qué coche se ha llevado Edu?». Esa fue la pregunta que circuló desde primera hora de la mañana de aquel 19 de junio de 2009 entre los compañeros del inspector Eduardo Puelles. Juantxo, Aritz y Alberto —nombres ficticios— comparten, café sobre la mesa, recuerdos de una época, la que trabajaron a su lado y a sus órdenes hasta que ETA puso fin a su vida. La banda asesinó a 149 policías nacionales —dos de ellos ya retirados—. «En los años de plomo, sabemos que uno de los del turno de 24 horas no volvería con vida», reconocen. Eduardo fue el último. También cerró la macabra lista de los asesinatos que los terroristas cometieron en Euskadi.

«De policía de base pasó por todas las categorías y ascendió con mucho esfuerzo hasta convertirse en inspector con sólo 49 años», le describe Alberto. Natural de Barakaldo, Eduardo soñaba con ser piloto de aviones de combate, pero en 1982 ingresó en el Cuerpo Nacional de Policía para ayudar económicamente a su familia. Fue destinado a las comisarías de Alicante, Irún y Portugalete, hasta que en 1991 fue adscrito a la de Bilbao. Cuando le mataron, estaba casado con Paqui Hernández,

con la que cruzó sus primeras palabras siendo chavales en una discoteca, y tenían dos hijos, Rubén y Asier, entonces de 21 y 16 años. Ambos son ahora policías nacionales —uno en Euskadi y el otro en Madrid—. «Estoy orgulloso de él», afirmó Rubén en conversación con este periódico en el primer aniversario del atentado.

En sus últimos años de actividad armada, ETA fue testigo de cómo muchos de sus integrantes eran detenidos. Centró sus acciones en «infundir terror». «Se dispararon los actos de kale borroka», evoca Alberto. Por ello, desde la central de Madrid decidieron que un grupo de la brigada policial de información de Bilbao se dedicara en exclusiva a este tipo de delincuencia. Se creó el 'GVU' (Grupo de Violencia Urbana) y el jefe encargado de liderarlo fue Eduardo Puelles. «Le llamábamos 'el pequeñín' porque era de los últimos en llegar al grupo y también porque era el más bajo», revela Juantxo, compañero y amigo de la familia Puelles.

Se conocieron en el barrio bilbaíno de Zorroza, donde la víctima pasó su infancia. Eran vecinos. Pero cuando Edu —así le llaman todos— cumplió los doce, sus padres se trasladaron a La Peña. Allí regentaron un bar. «Ninguno de los dos sabíamos que íbamos a trabajar en el mismo equipo —lo formaban unos quince policías—. Y como yo era el más viejo, me tocó enseñar a algunas cosas», recuerda Juantxo, jubilado desde el pa-

sado enero. Ninguno de los tres le llama jefe. «Es que era uno más. El primero en llegar y el encargado de llamarnos a todos si surgía algo, pero también estaba con nosotros en la calle. Éramos una familia y todos íbamos a una. Estaban matando a gente», explica Aritz. A la hora de describirle, lo tienen claro: «Metódico», con un sentido del humor «que no llega a ser negro, pero peculiar» y «muy buena persona».

El suyo era un trabajo sin horarios. «Disponibilidad las 24 horas». «Salías un jueves y no tenías claro cuándo volverías. Ni tampoco dónde acabarías. Durango, Markina... Incluso Francia. ¿Os acordáis de aquel día con Edu que acabamos persiguiendo a unos hasta Zaragoza?», recuerdan. La kale borroka era algo arrai-

gado en Euskadi. Sobre todo en ciertas zonas. La caída de la cúpula de ETA en Bidart, el 29 de marzo de 1992, marcó el inicio del auge organizado de este tipo de violencia con los denominados 'grupos Y', coordinados por la propia banda.

Mismo día que Hipercor

Puelles intervino en las dos fases de la 'operación Tarbes', entre febrero y abril de 2003, que acabó con el aparato de captación de ETA en Euskadi y Navarra, y participó en el arresto de decenas de jóvenes implicados en episodios de kale borroka. «Tenía muy interiorizado su trabajo. Incluso si libraba un fin de semana se sentía culpable», asegura Juantxo.

Paqui, mujer de Eduardo Puelles, siempre estaba pendiente. «Llama-

Ofrenda de la familia y homenaje de la Policía Nacional

Dos actos recordarán al inspector Eduardo Puelles esta semana. El miércoles, coincidiendo con el día del atentado, la familia celebrará la tradicional ofrenda floral en el mismo lugar en el que ETA le arrebató la vida: el parking de Santa Isabel. El acto se celebrará a las siete de la tarde.

Un día después, para evitar coincidir con la convocatoria de sus allegados, serán los compañeros quienes le rindan tributo. El homenaje, organizado por el Sindicato Profesional de Policía, será a las siete y media de la tarde en la sala Juan Larrea de Bilbao (Gran Vía, 50). Asistirán familiares de la víctima y está previsto que tomen la palabra el comisario principal de la Policía Nacional en el País Vasco y el director del Memorial por las Víctimas del Terrorismo, Florencio Domínguez.

LA CLAVE

Víctima

El de Eduardo Puelles fue el último asesinado cometido por ETA en Euskadi

ba cada dos por tres por teléfono para saber dónde andaba y si estaba bien», revela Juantxo. La mañana del atentado él fue el primero en llegar a comisaría. Raro, porque lo normal era que fuera la víctima. «Al poco un conocido me mandó un mensaje: 'Bomba en La Peña'», relata.

El miércoles hará diez años. Eran las nueve de la mañana del 19 de junio, el mismo día en el que ETA cometió la masacre de Hipercor, cuando Puelles se montó en su vehículo. Estaba estacionado en un parking exterior de la calle Santa Isabel —permaneciente a Arrigorriaga, pero limitrofe con el barrio bilbaíno de La Peña—. A escasos metros del domicilio familiar. Al ponerlo en marcha, hizo explosión una bomba-lapa que los terroristas habían colocado junto al depósito de combustible. Tuvo tiempo de pedir socorro, pero la intensidad de las llamas y el bloqueo de las puertas hizo imposible su rescate. Paqui fue testigo de cómo el fuego se llevaba a su marido. «Algo así no se olvida nunca». A día de hoy sigue viviendo en el mismo barrio.

Tres condenados

«¿Qué coche se ha llevado Edu?», fue lo primero que pensó Juantxo. Y lo que preguntó al resto de compañeros. No lo sabían. «Acababa de estar en Madrid y no teníamos claro cuál tenía», explican. «Le empezamos a llamar a él y a Paqui, pero no cogían... Nos pusimos en lo peor». Dos datos fueron suficientes: Santa Isabel y 'madero'. La matrícula solo confirmó que «era uno de los nuestros, que era Edu». Juantxo salió corriendo hacia allí. Lo que se encontró fue «terrible». «Ver a tu compañero, a tu amigo, reducido a nada...», describe. Recabó toda la información. La Peña es una de las zonas más castigadas por ETA. «Teníamos claro y lo seguimos teniendo, que los chivatos van de allí», asienten los tres con la cabeza. La Audiencia Nacional condenó en 2013 a Iñigo Zapirain, alias 'Aritz'; Beatriz Etxebarria, 'Kot', y Daniel Pastor, 'Txirula', a penas de 45 años como autores del asesinato.

«La capilla ardiente se instaló en la sede del Gobierno civil de Bilbao. Todo nuestro grupo nos quedamos fuera. No queríamos ver el féretro ni nada, queríamos recordarle como era», evoca Aritz. El atentado contra el inspector Eduardo Puelles fue el primero perpetrado por ETA tras la toma de posesión, un mes antes, de Patxi López como lehendakari. Dos días después, una manifestación recorrió las calles de la capital vizcaína. Paqui cogió el micrófono. «Lo único que han conseguido es dejar dos huérfanos y una viuda, no van a conseguir nada más, dedico a la banda terrorista. Dos años después de matar a Eduardo Puelles, ETA anunció el cese definitivo de su actividad armada. ¿Y ahora quién se acuerda de nosotros?», se preguntan sus compañeros. «¿Quién se acuerda de quienes no están?».